



El combate por la memoria (popular)

texto de **Pepe Gutiérrez-Álvarez**

Procedencia del texto:
El Viejo Topo

<http://www.elviejotopo.com/web/revistas.php>

Durante años no se pudo hablar del escamoteo de la memoria popular más que en círculos minoritarios. Una memoria viva que se había empezado a recuperar día a día contra la insultante historia oficial del franquismo, en la que lo único cierto era lo más importante: la victoria militar. Hasta finales de los años setenta parecía que estaba claro que había que destruir dicha historia oficial y avanzar con el debate y la búsqueda de la verdad, hablando de todo lo que hubiera que hablar.

Todo comenzó con el decreto de amnesia general que impusieron, sin necesidad de promulgarlo ni de argumentarlo en un papel, las cúpulas de los partidos mayoritarios al inicio de la Transición, en algo así como un añadido a los Pactos de la Moncloa. En este acuerdo, el peor papel le correspondió al PCE, vale decir a su secretario general, por la lógica estaliniana según la cual la base deposita la confianza en su Comité Central, éste en su Buró y el Buró en su Secretario General indiscutido, alguien cuyo oficio primordial es el de manipular. Quien tenga memoria recordará cómo Carrillo reclamó “todo el poder” en el IX Congreso, un poder sin control con el que llevó a cabo todo el proceso de adaptación al proyecto que encarnaba Adolfo Suárez, y gracias al cual impuso una contención total a la respuesta por la matanza de Atocha, el descarte de la República, los citados pactos, la Constitución, y todo lo que acabó desactivando el extenso movimiento que desbordaba la “Reforma Pactada”.

Se ha tratado de justificar esta actuación recordando que a veces había que saber dar un paso atrás, y la seria amenaza de un golpe militar (que hubiera significado un paso atrás hacia un franquismo “duro”, que aunque condenado al fracaso posiblemente se habría llevado mucha gente por delante) no era una razón cualquiera. Pero, aceptando que fuese así, esto no justifi-

ca semejante grado de desactivación. En el socialismo cuando se habla de recular es para –siguiendo la expresión francesa– saltar luego mejor, y sí lo que se trata es de “evitar males mayores”, ello no puede significar tirar por la borda lo que había representado el trabajo de varias generaciones bajo un golpe de Estado permanente.

De hecho hubo una adaptación del aparato político profesional a este esquema de contención, y la evocación del peligro golpista se utilizó tanto para obligar a los sindicalistas renuentes a firmar los Pactos de la Moncloa (que marcan el inicio de un retroceso incontenible del movimiento obrero), como para dar por buena esa Constitución que tanto aprecia el PP. El éxito de esta advertencia fue tal que hasta Felipe la utilizó sin reparos en aquel “tour de force” mediático que acabó imponiendo el “Sí” a la OTAN.

No hay otra explicación del hecho de que un viejo estalinista como Carrillo haya sido y sea tan valorado por los grandes medios y los más destacados próceres del nuevo régimen, que le han rendido pleitesía una y otra vez, sobre todo alguien como Martín Villa, tan representativo del antiguo régimen como del actual, un hombre con sentido de Estado que reconoce la misma virtud en Santiago Carrillo, representante de una ideología que el actual magnate no duda en equiparar con la fascista, en una equivalencia que le libera de su pasado. Carrillo dominaba el partido desde los tiempos gloriosos de fervor estaliniano, y formaba parte de una historia sórdida sobre la cual un comunista como Gregorio Morán da cumplida cuenta en una obra de investigación que los críticos prefieren ignorar⁽¹⁾. Ca-

¹ La obra de Gregorio Morán, *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España, 1939-1985* (Planeta, Barcelona, 1986), pudo desarrollar (como promete en la portada) un “análisis implacable de importantes episodios históricos hasta ahora nunca desvelados” gracias a que los líderes del PCE pensaban que haría otra cosa. Resulta bastante singular el hecho de que entre sus críticos no se encuentren los criticados, que ya habían optado

rrillo encarnaba como pocos esa escuela de falsificación estaliniana que resistió hasta la “explosión” del XX Congreso del PCUS, y que luego se fue ajustando. Pero además, este verdadero “compromiso histórico” tenía lugar en un momento en el que la descomposición de la burocracia mal llamada soviética entraba en una fase acelerada de descomposición, al final de la cual la mayoría de un partido tan importante en la “evolución eurocomunista” como el PCI, acabaría tirando por la borda su pasado, tanto el agua sucia (la implicación de Togliatti-Longo en la “guerra sucia” contra el trotskismo y otras disidencias) como al niño, incluyendo la cultura de la Resistencia, en un capítulo que hay que tener muy en cuenta para comprender lo sucedido en los últimos tiempos en Italia⁽²⁾ .

El principal beneficiario de esta desactivación-descomposición fue el PSOE (re)creado en Suresnes, que no tuvo ninguna dificultad en pasar del verbalismo socialista al discurso de una modernidad sin memoria.

Tanto era así que Felipe abominó hasta de las hemerotecas recientes, incluyendo hasta sus propios discursos en el momento

por “otra historia”, como la que, por citar un ejemplo, le dedicaría (Planeta, Barcelona, 1983) a Carrillo el “último Claudín”, o sea el Presidente de la Fundación Pablo Iglesias, y en la que pasa de puntillas sobre una conversión compartida al estalinismo, y es “a pesar de todo” el mismo Carrillo al que se le reconocen los servicios prestados en la Transición.

² Aunque la “nomenklatura” del PCI había empezado su “apertura” un paso por delante de los demás partidos comunistas, no fue hasta la caída del Muro de Berlín (y del “irresistible ascenso” del neoliberalismo), que tiró por la borda toda su historia para pasar a la socialdemocracia y tratar de ocupar el espacio dejado por la fuga de Craxi. Como ocurrió en el Este, muchos de los que se habían atenido al guión de la propia historia oficial acabaron, no ya abjurando del Togliatti estalinista (convertido en centro de todas las “revelaciones” oscuras), sino del todo el historial comunista, hasta el punto de que su secretario general pudo hacerse del Opus Dei sin abandonar el carro y declarar a cuatro columnas en El País que Wotyla había tenido razón contra el comunismo... El periodista naturalmente o le preguntó por Nicaragua ni por Monseñor Romero.

de la moción de censura contra Suárez, cuando todavía era “marxista”. El pasado se convirtió en algo tan distante como la Iglesia primitiva para el Vaticano. Su principal referente pasaba a ser la Europa socialdemócrata, o ni tan siquiera... En el ámbito nacional sus glorias quedaban para un pasado de antes de la guerra, en una lejanía suficientemente remota y prestigiosa –Pablo Iglesias y los 100 años de honradez–, que se cuidaba para sacarlo a pasear lo días de fiesta, como aquel Primero de Mayo que Felipe dejó de ir a la manifestación obrera para depositar unas flores en la tumba de Pablo Iglesias, convertido en un mito cuyas ideas eran tan valiosas como inaplicables. En este terreno, el socialismo catalán mostró una maestría difícilmente superable. Se arropó de una tradición socialista que llegaba hasta Narcís Monturiol y Francesc Layret, e incluso el mismísimo Andreu Nin al final de un largo etcétera cuya principal virtud radicaba en que le servía como un blasón que no obligaba a nada⁽³⁾.

La historia socialista, tan brillante como anacrónica, aparecía como un refuerzo obligado de esa modernidad que les liberaba de las duras historias de la guerra (con páginas tan conflictivas como la división Caballero-Prieto, la insurrección proletaria de Asturias, la complicidad con el estalinismo de Álvarez del Vayo, Nelken, y sobre todo de Negrín) y con una postguerra sobre la que no tenían mucho que contar y al final de la cual aparecían con la toda la irrelevancia de su bisoñez militante. El PSOE aparecía como una superación de los viejos traumas. Según Solé Tura como una superación del trágico conflicto

³ Completamente ausente de la primera línea de la lucha antifranquista, el PSC buscó sus referentes donde pudo, por ejemplo en el lejano “pedigrí” de la militancia en el FLP de algunos de sus “barones”, o en la afiliación de una franja de antiguos poumistas, la mayoría de los cuales habían escogido el “Mundo libre” ya a principios de los años cincuenta, o sea, se habían “jubilado” de la militancia. De esta manera podía criticar el estalinismo, eso sí, sin diferenciar apenas entre el Grimau torturador de “trotskistas” y el que se jugó la piel contra el franquismo.

entre comunismo y anticomunismo. Era, además, la única izquierda posible, la única factible para optar por una alternancia siguiendo el diseño bipartidista que combinaba el esquema canovista (el canon del PP), con el modelo anglosajón. En la medida en que el cambio fue de clase política, el PSOE pasó a ser sin dificultad la casa común de toda la izquierda que, fuera por desengaño o por cinismo, acabaría aceptando el planteamiento de que fuera de las instituciones no existía más vida política que la del limbo de los idealistas y los irreductibles.

Para los “aperturistas” del Movimiento, y no digamos para todos aquellos que (como describía El Roto en una de sus más geniales viñetas) habían vitoreado a Franco... con vítores de protesta”, el pacto les llegaba como agua bendita. En este sentido recuerdo la respuesta de la que fue mano derecha de Carrillo, Pilar Bravo, una excomunista convertida en alto cargo, y que a la pregunta sobre el ascenso de un conocido torturador, respondió que la democracia nos hacía iguales a todos al margen de dónde procedíamos.

La derecha puede ser muchas cosas pero no estúpida, y para ellos aquel pacto les servía para entrar en la democracia por la puerta grande. El presente sepultaba el pasado de los Fraga, Martín Villa, Suárez, y por supuesto el de Su Majestad, sobre todo después de que el 23-F acabara dejando las cosas en su sitio, deshaciendo todo lo que se había desbordado por abajo. Desde entonces, la historia del antifranquismo pasaba al trastero, y se pasaba a escribir una nueva historia oficial siguiendo el modelo que siguió a la noche de Tejero-Milans del Bosch y cía. El rey nos salvó de una posible “pinochetada”, y por lo tanto, pasó a ser el rey de los republicanos, amén de una garantía contra cualquier “exceso”... por la izquierda

Esta victoria del postfranquismo se verá acrecentada con la restauración neoconservadora a la que se apunta con pleno entusiasmo. Solamente los franquistas más impresentables que-

dan un paso fuera de este encuentro, que se verá reforzado por la integración de antiguos liberales e izquierdistas ahora arrodillados ante la Escuela de Chicago, un terreno por lo demás en los que se establecen puentes con el PSOE, e incluso con ciertos “gestores” que han hecho su carrera en el PCE y luego en IU, y que, bien instalados, tampoco ven vida fuera de las instituciones.

Por este camino se impone una historia que será la que se ofrecerá desde todos los medios dominantes, fuera de los cuales solo quedan las almas perdidas del purgatorio de la izquierda testimonial, que acabará casi totalmente disuelta a principios de los noventa. Se trata de un comportamiento colectivo que algunos han comparado con el síndrome de Korsakov en los individuos, un comportamiento que, por una parte, produce la implosión del registro de los acontecimientos sufridos, de la barbarie franquista, pero que impide su fijación por cuanto evoca el pasado y amenaza el presente. Se crea un clima de miedo al pasado que bloquea la posible rememoración de todo lo acontecido, incluyendo la “crónica negra” de la Transición, y se ofrece un imaginario según el cual todo comienza –ya felizmente– con las libertades y su normalización.

Se puede hablar pues de una ablación de la memoria, del olvido que haría posible la adaptación del franquismo a la legalidad democrática. Y se explica como la única vía posible, tanto es así que ahora más que nunca su élite económica y su clase política aparecen salvaguardas de reproches y críticas por sus villanías pasadas y presentes (el Martín Villa de ayer y de hoy resulta un buen símbolo). Se trata de una lógica que ha blindado durante décadas a los banqueros de Franco de nadie que señale sus logros, su botín y sus desmanes. La eficacia del tratamiento fue tal que cuando se empezó a hablar de Comisiones de la Verdad y de juicios contra los responsables de las dictaduras en Chile, Argentina o Uruguay, los que se oponían en nombre de la “superación democrática” pudieron esgrimir so-

noras advertencias, no ya de Fraga Iribarne o Roca Junyent, sino también del “socialista” Felipe González, todas ellas en nombre de un modelo de Transición presentado como ideal. Aquí ni tan siquiera hubo lugar para una Comisión de la Verdad como en Sudáfrica, y los colaboradores de Franco ni tan siquiera han necesitado pedir excusas y justificarse, más bien lo contrario. Desde esta lógica, el actual ministro del Ejército ha podido evocar las páginas oscuras de Carrillo, al tiempo que se deshacía en declaraciones laudatorias sobre aquel ejército que ocupó a sangre y fuego su propio país, el mismo que en 1986 logró el prólogo del antecesor socialista de Bono en la época, Narcís Serra, para un libro de historia militar en la que se exaltaba al general Franco.

Esta es una demostración entre mil de que, además, el pacto funcionó hacia la izquierda transformadora, pero empujando hacia la derecha. Evidentemente, el franquismo puro y duro también pasó a la trastienda, aunque en condiciones francamente privilegiadas; la Fundación Franco pudo seguir haciendo de las suyas gracias al erario público, y nadie ha podido ver por aquí ninguna estatua descabezada como aquella memorable de Stalin de 1956, que tan rotundamente expresaba el sentir del pueblo húngaro. Ahí siguen el Valle de los Caídos erigido con mano de obra esclava compuesta por republicanos, sobre los que “historiadores” como Ricardo de la Cierva pueden decir impunemente que “había tiros” por el privilegio de trabajar en sus obras porque se expiaban penas.

Nuestros medios de comunicación han jugado un papel de primer orden en toda esta trama. Baste señalar que en 1981 y con unos pocos días de diferencia, El País mandaba en uno de sus editoriales a Lenin a los infiernos para luego arrodillarse ante el milagro de Fátima. Con esta medida, a la autocracia franquista se la llamaría el “régimen anterior”, cuando no, el “antiguo régimen”, como si aquí hubiéramos gozado de un 1789. El compromiso político de los altos dignatarios del régimen se

registra con fórmulas como “su carrera en el régimen anterior” o bien se escamotea lo que todo el mundo sabe (según respuestas de los redactores de un perfil de Fraga en una propaganda del PP), y así, hasta crear todo un formulario en el que también se atenúan las militancias antifranquistas, sobre todo cuando son ciertas, y no digamos si además se prolongaron al inicio de la Transición. Así por ejemplo, en el sentido obituario que el españolista Jon Juaristi dedicó a Luciano Rincón, alias Luis Ramírez, saltaba de su fase antifranquista a su fase más concentrada contra ETA, dejando en la nada su continuada colaboración con la LCR así como sus artículos y libros en los que denunciaba el presunto consenso de la Transición.

En la nueva historia oficial la lucha antifranquista ocupa un lugar totalmente subalterno, y cuando resulta inexcusable, se enfoca como un preludio al espíritu pactista. Por supuesto, la odisea de la reconstrucción del movimiento obrero y popular, las luchas huelguísticas, universitarias y callejeras, se establecen como muestras difusas del rechazo al “autoritarismo” del “antiguo régimen”⁽⁴⁾, jamás como batallas por espacios de libertad y por una dinámica de conquistas sociales que acabaron convenciendo a los patronos que más les valía cambiar sus complicidades. En esta historia banalizada hasta lo grotesco en aquella inefable serie de TV de la señora Victoria Prego⁽⁵⁾,

⁴ La derecha y sobre todo la diplomacia norteamericana han hecho verdaderos encajes de bolillo con el concepto de “totalitarismo”, en base al cual los enemigos de “Mundo libre” o de EEUU eran “totalitarios” y las dictaduras amigas eran sencillamente “autoritarias”, que es como Felipe definió el franquismo con el apoyo entusiasta de un Jorge Semprún muy arrepentido de sus pecados como Federico Sánchez o como guionista de Costa-Gavras. Con esta normativa se hizo posible que Juan Carlos I visitara sin que nadie dijera nada a Videla, y que se armara la marimorena cuando se plantara que visitara a Castro.

⁵ Verdadera “especialista” en la “historia” de la Transición, la señora Prego concibió sus famosas “Crónicas” siguiendo las pautas de la más convencional trama de una película en la que lo único que se echó en falta fue el beso entre sus majestades para que el “happy end” fuese completo. Una

adquieren mucha más importancia anécdotas como la de la peluca de Carrillo, el feeling entre el monarca y Suárez, la chaqueta de pana de Felipe González, el *ya soc aquí* de Tarradellas, aunque en ocasiones la realidad también aparece como cuando el entonces presidente de la CEOE, el siniestro Ferret Salat arengaba a los suyos, y lanzaba la advertencia de que con tanta huelga se estaba “*provocando de nuevo*”...

Al tiempo que se repiten las anécdotas se fueron estableciendo unos criterios según los cuales, quieras que no el franquismo comportó una modernización, y en su seno fue consolidándose una generación de “liberales reprimidos” (así se definió en frase célebre el ministro de Franco, López Bravo), y de ahí no hay más que un paso para establecer la ecuación “centrista” según la cual, entre la derecha que no quería ir demasiado lejos y la izquierda que se pasaba, se impuso el punto de encuentro gracias al *savoir faire* de Juan Carlos I. En la medida en que el antifranquismo perdía representación, se fue imponiendo desde los medios más cercanos a la población, como la radio y la TV –no en las obras de investigación, pero sí en los libros que aparecen en los escaparates⁶– otra vuelta a la tuerca según la cual la libertad fue posible ante todo porque el franquismo facilitó la creación de una “clase media”, y por la lenta acción reformadora desde el interior del régimen, eso sí, con la ayuda de la oposición más razonable. La no razonable eran aquellos jóvenes radicales a los que Muñoz Molina describe en asambleas de-

breve pincelada “profesional”: el autor de estas líneas recuerda un informativo en TV2 a principios de los ochenta en el que la señora apareció contando unas “noticias por confirmar” según las cuales Raúl Castro había dado un golpe de Estado contra su hermano...

⁶ Este avasallamiento editorial llegó al extremo de que en algunas de las paradas habituales montadas por gente de izquierdas en Barcelona con motivo del Día del Libro, era de lo más común encontrar las obras de Pío Moa o César Vidal como si tal cosa, mientras que para encontrar las obras de investigación había que dar la lata en las grandes librerías. Afortunadamente, esta situación ha cambiado considerablemente.

menciales y con el coco comido por las lecturas de Lenin, Mao y otros “sátrapas”.

Del sepultamiento de la memoria popular se pasó pues a la pura suplantación, con las proezas democráticas no ya de Suárez, sino de un Fraga o un Torcuato Fernández Miranda. No hay más que tomar nota de las declaraciones del primero para el *Corriere de la Sera*, o leer la obra del segundo *Lo que el Rey me ha pedido*, que más bien parece un capítulo del rey Arturo, al decir de Harold Bloom el mejor de los reyes porque nunca existió. En todo esto prima una realidad de fondo, la que ha hecho que la derecha (y todos los poderes que en ella convergen), si bien ha mutado su discurso, no ha dejado de movilizarse, y de crear influencia y opinión mientras que la izquierda se ha instalado, ha desactivado su capital político en una lógica vacía, la misma que presidía el pensamiento de Craxi cuando le preguntaron qué era el socialismo, a lo que respondió: “Es... lo que hacen los socialistas”.

Se me dirá que no es poco que la pesadilla de la dictadura se haya olvidado, y que a nadie se le prohíben las ideas, etc. Es verdad. Sin embargo, aquí cabe un matiz muy importante, por ejemplo con el derecho de huelga. Antes era un derecho a conquistar, pero lo cierto es que en el tardofranquismo las huelgas se hicieron incontenibles, y estaban atizadas en no poca medida por la existencia del propio régimen –que detenía a los líderes sindicales–, pero también por la exigencia de mejoras sociales. En los últimos años de dictadura, la clase trabajadora avanzó hasta el extremo que el despido se hizo inviable en muchas zonas industriales. Ahora ese derecho está consagrado por la Constitución, pero no se practica, y no es –precisamente– por falta de motivos. Algo como los despidos de Seat habría sido inconcebible incluso cuando Franco inauguraba pantanos, sin embargo... ahora tales despidos son justificado como un mal menor. Una lógica –esta del mal menor– que de haber funcionado bajo el franquismo nos habría llevado a consolarnos pen-

sando que mucho peor fueron los 60, los 50, y no digamos los años 40.

En todo esto subyace una lucha de un alcance enorme. Esta nueva historia oficial cortada a la medida de la monarquía constitucional (pero menos, el rey marca unos límites), es como un tributo para que la barbarie no vuelva a resurgir, para que no tengamos otros salva-patrias sueltos. Una medida que marcan ellos, la medida de la UCD que tuvo que aplicar el PSOE, la medida del PSOE que tuvo que respetar el PCE, unas medidas que consagran la cultura de la derrota para la izquierda. Es un tributo que desarma al pueblo militante, y que impone como único referente lo que es posible para las grandes empresas. Una medida que permite recortar presupuestos sociales, privatizar, despedir, pero que no permite poner coto a las inmobiliarias o al aumento del gasto militar. Una medida que condena a las “clases subalternas” a “buscarse la vida” y a “salvar su culo”, por lo que cualquier atropello social puede quedar tan impune como esos beneficios empresariales que aumentan cada año.

Para implantar la lógica de este pacto por el olvido, la historia pasó a manos de los historiadores, a los especialistas, sobre todo a los consagrados cuyas obras y discursos pasaron a los escaparates. Ellos tomaron la palabra en sustitución de las víctimas. Así, toda una cohorte de expertos podían hablar en la TV y ocupar las tribunas de la prensa diaria y especializada para hablar de anarquistas o comunistas, mientras que los protagonistas de estos movimientos quedaban como hemos dicho, en el trastero. Mientras los testimonios vivos y las obras de investigación crítica quedaban para los circuitos minoritarios, los revisionistas eran catapultados desde plataformas privilegiadas (con programas modélicos como aquel “Tercer Grado” en la 2), un escaparate compartido con un grupo de expertos que actuaban como defensores del nuevo orden.

En este terreno, compartiendo disputas a la manera del espectáculo de las polémicas parlamentarias, se situaba el demócrata-cristiano-ucedista Javier Tusell, que había actuado como verdadero comisario de la UCD en TVE, y un paso más allá las variantes “postsocialistas” representadas por Raymond Carr, Juan Pablo Fusi y los historiadores en plantilla del grupo PRI-SA, como Antonio Elorza y Santos Juliá (con sus numerosas variaciones autonómicas), cuya principal preocupación ha sido establecer lo que es correcto y lo que no lo es. En este juego se inscriben actuaciones como la aplicación del galón de “estalinista” a Julio Anguita, atribuyendo a éste características que eran más propias del viejo Santiago Carrillo, al que, por el contrario, se destacaba como ejemplo de pragmatismo y realismo político. No se trata por lo tanto de un debate de escuelas – moderados contra radicales–, sino de un canon según el cual el Estado de Derecho era éste y no otro, y además pretender ir más allá –por ejemplo cuestionando al monarca–, significaba haber perdido los papeles. En este sentido resulta harto sintomática la campaña que ambos historiadores llevaron a cabo contra la película *Tierra y Libertad*.

Han tenido que pasar muchas cosas para que la gota desborde el vaso. Pero hasta aquí hemos llegado, se ha cerrado el círculo, y esto ya no da para más. Actuaciones como la de Wotyla santificando católicos del bando franquista, o la prepotencia del PP en el poder, por no hablar de los desafueros de la COPE, más todo lo que ha comportado la era Bush, no han podido por menos que suscitar una primera oleada de rechazo. Por otro lado, la imposición de una historia oficial “superadora” suplantando el protagonismo desde abajo de miles y miles de republicanos, antifranquistas y/o rupturistas (revolucionarios), ha acabado suscitando un movimiento conocido como de “recuperación de la memoria histórica” y que no tiene parangón en otros países. En este movimiento convergen momentos y generaciones distintas, aunque les une el sentimiento de reclamar un derecho

primordial, el derecho a la verdad y a la justicia. Su “base social” ha sido, de entrada toda esa gente “antigua” que no se ha resignado, que ha estado removiendo la tierra para encontrar a sus seres queridos y enterrarlos como lo que fueron. También están los jóvenes que no han sido engullidos por la ideología consumista, y que son los que han puesto su dinamismo en toda clase de plataformas (sobre todo en Internet). También están los investigadores que han entrado en terreno vedado para dejar en evidencia que las razones de Estado no pueden ser las de la verdad histórica. Con todo, se ha creado una nueva situación que ha puesto en cuestión un círculo de mentiras y verdades a medias, y ha abierto otro retomando el hilo abandonado, ahora sin vuelta atrás. Al igual que en los años setenta, sus libros y documentos son visibles, a veces incluso son éxitos, dan lugar a editoriales y a colecciones nuevas, y a un ambiente en el que hay un público interesado que de alguna manera no acepta la cultura de la derrota ■